

CAPITULO III.

De los primeros hechos de Fr. Bartolomé de Olmedo en esta tierra de la Nueva España.

Han quedado ya desvanecidas las calumnias con que algunos han procurado desdorar la gloria de haber sido Religiosos de mi sagrada religion los primeros que enarbolaron el estandarte de nuestra san fé católica en este reino; y para más prueba de esta verdad, se irán individuando los hechos de Fr. Bartolomé de Olmedo en la prosecucion de su ministerio apostólico á que con tan fervoroso espíritu se dedicó, ofreciéndose en sacrificio á Dios, para perder la vida si fuese necesario en servicio de ambas Magestades.

Llegó pues la armada del famoso Hernando de Cortés á la isla de Tabasco, y habiéndose

desembarcado todos en ella y tratando (como siempre lo hacia el valeroso capitán Cortés) de proceder con los indios, con todo agazajo, y reducirlos con buenos tratamientos de amistad, ellos asustados y medrosos, pareciéndoles que los españoles, á quienes tenían por hijos del sol, los habian de matar, resistieron la entrada, con una fiera batalla que dieron á los Teules (que así llamaban á los españoles, y quiere decir en su idioma, Señores) en fin, en la dicha refriega quedaron vencidos los indios, y los españoles se señorearon de la isla; ésta fué la primera victoria que consiguió Cortés á 25 de Marzo, día de la Encarnacion del Eterno Verbo en las Purísimas Entrañas de María, por lo cual le pusieron por nombre á esta isla Santa María de la Victoria, y al punto hizo un altar el padre Fr. Bartolomé de Olmedo, con un lienzo en que estaba pintada Nuestra Señora la Virgen María, y una Cruz, y en este altar dijo misa el dicho Fr. Bartolomé, ayudándole á ella el padre Juan Diaz, clérigo Presbítero; todo lo refiere Bernal Diaz de ésta suerte en el capítulo 36 de su historia, y en ese mismo día, mediante el intérprete que traía Cortés en su armada que se llamaba Gerónimo de Aguilar que sabia y entendia muy bien la lengua de los indios, predicó Fr. Bartolomé

primero que puso altar y dió á conocer el nombre de Dios y las imágenes de Cristo Señor nuestro y de su Santísima Madre.

Habiendo dejado ya formada una iglesia en la forma que allí se pudo, y colocando en ella la imagen de la Virgen Nuestra Señora y la Santa Cruz; encargando á los indios la veneracion que se les debia tener; partió la armada luego el Domingo de Ramos, por aquella costa, y navegando cuatro dias llegaron el Jueves Santo á San Juan de Ulúa, donde los indios sin resistencia alguna se dieron de paz á la obediencia de nuestro gran Monarca, y Viernes Santo dijo misa Fr. Bartolomé, á la Santa Cruz, que la pudo decir en semejante ocasion por la necesidad urgente de dar gracias á Dios por el buen suceso de su llegada (1); y luego el Sábado Santo habiendo venido muchos más indios de los que ántes habia, mandado Cortés que luego se hiciese un al-

(1) El autor siguiendo á Bernal Diaz asienta que se dijo misa en este altar el mismo dia que desembarcaron, pero fué inadvertencia del autor ó falta de memoria, porque ¿cómo podía ignorar el P. Olmedo ni el Lic. Juan Diaz que en Viernes Santo no se puede celebrar este Santo Sacrificio? Ni satisface la razon que apunta nuestra crónica, porque ninguna urgencia habia de que fuese aquel mismo dia supuesto que saltaban en tierra con ánimo de establecerse sin temor de ser rechazados, por lo que hasta allí iban experimentando. Celebróse pues en la Pascua. — P. Aldana.

tar, lo mejor que se pudiese y en el se dijese misa cantada el dia siguiente que era la Pascua de Resurreccion, tocando todo lo que se pudiese de los misterios de la solemnidad de aquel dia, y Fr. Bartolomé (dirélo con las mismas palabras que lo refiere Bernal Diaz en el capítulo 38). *Y Fr. Bartolomé de Olmedo se revistió y cantó la misa, y la beneficiaba el Padre Juan Diaz que iba en su compañía, con solemnidad, autoridad y pausa con toda devocion, haciendo todas las ceremonias de aquel dia. Y viéndolo nuestros soldados cristianos se enternecian y derramaban muchas lágrimas, y los indios se admiraban y suspendian más; esto refiere el historiador, como testigo de vista, y ha sido conveniente poner este caso y como se obró para la mejor ponderacion del espíritu fervoroso de Fr. Bartolomé, para que así se conozca el fruto que habia así en los indios que convertia, como en los españoles que enternecia y edificaba con sus ejemplares acciones.*

No puede pasarse en silencio lo que sucedió en esta misma ocasion algunos dias despues de la Pascua de Resurreccion, que habiendo venido los embajadores de Montezuma que lo eran Jendile y Pitalpitoque, grandes caciques, y señores entre los indios con ciertas embajadas de

su Emperador Montezuma á nuestro Cortés, cer-
raba ya el dia y al despedirse estos para dar la vuelta
á México, empezaba ya la noche. Traian los es-
pañoles una campana y á la hora acostumbrada
tocaron la oracion de las Ave Marías y al signo
de la campana se arrodillaron todos los de nues-
tro ejército para rezarlas y saludar á la Virgen
Santísima delante de una Cruz que algunos dias
antes habia mandado poner Cortés, en cima de
un médano que es un montecillo de arena de al-
gunos que se forman junto á la ciudad de la Ve-
racruz en la playa. Así que vieron esto los in-
dios embajadores, se admiraron de ver arrodil-
larse á los españoles delante de la Cruz, y pre-
guntaron á Doña Marina y á Gerónimo de Agui-
lar, que eran los intérpretes, que ¿porqué los
Teules del gran Rey de España siendo tan po-
derosos y valientes, se humillaban delante de a-
quel palo?: dijóle Doña Marina la pregunta á
Cortés, y Cortés se volvió á Fr. Bartolomé que
estaba junto á él hincado de rodillas con los de-
más, y le dijo estas palabras, segun lo refiere
Bernal Diaz en el capítuló 40: *Bien es ahora,
padre, que hay buena materia para ello, que les
demos á entender con nuestras lenguas, las cosas
tocantes á nuestra santa fé;* oyendo esto Fr. Bar-
tolomé se levantó en pié, y con celo fervoroso

de la honra de Dios y deseo ardiente de la sal-
vacion de aquellas almas, les hizo un sermon tan
admirable, que hablando de él con su rara sen-
cillez Bernal Diaz dice: *que unos buenos teólogos
no lo dijeran mejor;* pues en él esplicó las mate-
rias mas graves de nuestra santa fé, y les decla-
ró como eramos cristianos, y que sus ídolos eran
malos y tan falsos que huian del lugar donde
estaba aquella señal de la cruz, porque en otra
de aquella hechura padeció muerte y pasion el
Señor del cielo y de la tierra y de todo lo cria-
do, que es en el que nosotros adoramos y cre-
emos, que es nuestro Dios verdadero que se di-
ce Jesucristo, y que quizo sufrir y pasar aquella
muerte por salvar todo el genero humano, y que
resucitó al tercero dia y está en los cielos, que
hemos de ser juzgados de él; y se les dijo o-
tras muchas cosas muy perfectamente dichas y
las entendian bien, y tambien se les declaró que
una de las cosas porque los envió á estas partes
nuestro gran emperador, fue para quitar que no
sacrificasen ningunos indios ni otra manera de
sacrificios malos, ni que adoraran aquellas ma-
las figuras; y que les ruega que en lugar de ellas
pongan en sus adoratorio: una cruz, como aque-
lla y una imagen de María Santísima que allí
les dió con su hijo en los brazos, y verán cuan

bien les vá; con esto satisfizo á la duda de los indios, y con decir que por eso adorabamos los cristianos la Santa Cruz agradecidos al bien que por ella conseguimos. Todo esto contenia el sermón que fué muy apropósito en la ocasion; y así quedaron aquellos infieles admirados del caso, y dijeron que todo se lo contarían á [su Emperador Montezuma, y llevaron una cruz y una iuuágen de Nuestra Señora que se les dió prometiendo que se encomendarían á ella y las tratarían con toda veneracion y reverencia. Fuéronse los embajadores, y quedaron Cortés y los demás capitanes y soldados muy agradados del espíritu y buena doctrina de Fr. Bartolomé, dandole muchos y repetidos parabienes á él é infinitas gracias á Dios por el buen lógro que empezaban á tener sus deseos; y el fruto grande que comenzaba á hacer Fr. Bartolomé con su doctrina en la conversion de los indios.

18

CAPITULO IV.

De lo que obró Fr. Bartolomé de Olmedo en aquellos pueblos, hasta que salieron de la Veracruz para la tierra de México.

A un tiempo mismo iban entrando el valeroso capitán Hernando Cortés y el varón Fr. Bartolomé de Olmedo, el uno conquistando la tierra para el imperio de nuestro gran monarca y señor Carlos V, y el otro ganando aquellas almas para el cielo, al modo de cuando Dios envió á aquel valeroso caudillo Moisés á domar la cerviz dura de Faraon para libertar á su pueblo à quien oprimia su crueldad, que le dió por compañero á su hermano Aaron sacerdote de la ley que le dijo: *Aaron frater tuus, erit Propheta tuus:* (Exod. VII) porque para la redencion de éste pueblo, no bastaba el brazo valiente de Moí-

sés, si faltaba la elocuencia del sacerdote Aaron, que ámbos eran una misma mano para esta prodigiosa conquista, y así dándole las gracias à Dios David de esta libertad de su pueblo, le dice: *eduxiste sicut oves pópulum tuum, in manu Moysi et Aaron.* (Ps. 76). Así le sucedió à nuestros famosos conquistadores, Cortés y Fr. Bartolomé que para la libertad espiritual, que tan quitada le tenía el tirano Faraon del demonio, con sus idolatrías vanas y con las crueldades sangrientas que abusaban, fué necesario que se juntasen éstas dos manos en una, y que cuando Cortés los conquistaba con su brazo en lo temporal de sus cuerpos, los libertase Fr. Bartolomé con la elocuencia de su lengua, ganándolos en lo espiritual de sus almas.

Así les sucedió, pues entrando más tierra, llegaron à Cempoal, y recibidos con mucha paz, los españoles en el lugar, luego al punto trató Fr. Bartolomé de poner en lo más decente que pudo un altar con la imagen de Nuestra Señora que como era hijo suyo, siempre procuraba la veneracion de su Santísima Madre; y una Cruz, donde dijo misa; y admirados los indios, trajeron á Cortés ocho indias principales, hijas de grandes caciques que se querian bautizar, y de hecho al instante les dió este sagrado baño

recibiéndolas al gremio de Nuestra Santa Madre la Iglesia, Fr. Bartolomé, y á una de ellas que era sobrina de un gran cacique que por ser muy robusto, pesado y de cuerpo grueso, llamaban el cacique gordo, le puso por nombre Doña Catalina, y á otra del gran cacique que se llama Cuesco, le puso el nombre de Doña Francisca: á las otras que no eran de tanta cuenta, no se acuerda Bernal Diaz de sus nombres, pero es cierto que todas ocho se bautizaron, lo cual hecho, las comenzó Fr. Bartolomé á instruir en la doctrina cristiana, y à predicar à todos los indios un sermón muy elegante y espiritual, persuadiéndoles à que dejasen la vana adoracion de sus ídolos, que áun las hechuras de lagartijas y culebras que tenían, eran abominables; y que sólo adorasen la Santa Cruz en que Nuestro Redentor Jesucristo murió por salvarnos, y la imagen de la Virgen Nuestra Señora, en cuyas entrañas se hizo hombre el Hijo de Dios por redimirnos de la esclavitud en que nos tenía el demonio por el pecado: todo lo cual oían los indios, y se admiraban, y poco à poco iban abrazando nuestra santa fé católica.

Lo mismo sucedió en la Villa rica, que hoy es la ciudad de la Veracruz, que así que la fundó Cortés habiendo ya conquistado treinta pue-

blos y reduciéndolos á la obediencia de nuestro Rey y Señor, al instante dispuso Fr. Bartolomé, lugar donde se hiciese una Iglesia decente así para administrar los santos sacramentos á los españoles, como para instruir á los indios en nuestra fé. Para éste efecto le pareció buen lugar, el que era la iglesia ó lugar sagrado de los indios, donde hacian sus sacrificios y adoraban sus ídolos, y luego trató que estos se derribasen del alto lugar donde estaban y se pusiese allí una Cruz de Cristo Señor Nuestro y una imágen de Nuestra Señora, y porque las paredes de estos adoratorios estaban llenas de la sangre de hombres que mataban para sus sacrificios, y olian muy mal, por esto se mando que se encalasen con cal fresca y limpia, y se sahumasen con el género de incienso que usaban para sus perfumes los indios, que es un género de goma que se coje de unos árboles que ellos llaman copal; para que así quedase con los aseos que requiere una iglesia donde se celebraba el más sagrado sacrificio del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, cuyos sagrados misterios deseaba Fr. Bartolomé dar á conocer á éstos ignorantes bárbaros y arraigarlos en sus duros corazones.

Para esta decencia hizo este varon espiritual

con Cortés, que en esta iglesita ó ermita quedase por guarda como ermitaño, un soldado viejo y cojo, que por estos achaques, no podia ya servir en las batallas, y se llamaba Juan de Torres, al cual se le mandó, que continuamente asistiese allí, y que hiciese á los Papas que eran los sacerdotes de los indios, que barriesen de ordinario la ermita y siempre la tubiesen limpia, aseada y sahumada con el dicho incienso. Y así mismo se le ordenó que como fuese aprendiendo la lengua con el ejercicio y comunicacion con los indios, les fuese enseñando el Padre nuestro, Ave María y la Salve, y que para rezar estas oraciones los instruyese á que se hincasen de rodillas delante de la Santa Cruz y de la imágen de Nuestra Señora; y que de esta suerte incensasen el altar y las imágenes, con aquel incienso, ceremonias que hasta hoy dia usan todos los indios, y muy en particular las indias en todos los pueblos que habitan, y especialmente los sábados de todo el año, recojiéndose en las iglesias ú oratorios, que ellos llaman Santocali que quiere decir en su idioma casa de santos ó santuario, y lo mismo hacen en otros dias de festividades de Nuestra Señora, con grandísima devocion que es cierto edifican á todos los que las ven.

Tambien hizo Fr. Bartolomé, que en dichos oratorios que en todas partes disponia hubiese candelas de cera para alumbrar las dichas imágenes que ponía en sus altares, y fué de esta manera; que en esta tierra habia, (como hay al presente) mucha miel de abejas y los indios la comian y no sabian aprovechar la cera que quedaba de la miel y el buen religioso, como vigilante padre les enseñó á beneficiarla y juntarla, y hacer candelas y hachas, y se les mandó, que siempre las tuviesen encendidas delante de la Cruz y de la imagen de Nuestra Señora; y así se verá el cuidado y diligencia que Fr. Bartolomé ponía en el culto divino, así por la reverencia que debía á las sagradas imágenes, como por atraer con estas acciones los afectos de los indios, y reducirlos con cariño á nuestra santa fé católica. Luego á los 26 de Junio de dicho año de 1519, despachó Cortés un navío para Castilla, avisando al Emperador nuestro señor Carlos V, todo lo sucedido hasta entónces, y el buen logro que iban teniendo sus deseos en la reduccion de este reino, así en lo espiritual para el bien de las almas de estos indios, como en lo temporal para el aumento de su corona, pues todos iban rindiéndose á la obediencia de su Magestad Cesárea, y le envió ciertos presentes en-

tre los cuales iba un sol de oro, que con otros regalos le habia enviado Montezuma á Cortés, tan grande que seria como una rueda de carro, y una luna de plata mayor que la rueda de oro, y otras muchas preseas de piedras preciosas, perlas y collares de oro; que todo era primicia de su conquista con que reconocia la lealtad de tan generoso capitán, su vasallaje á tan soberano Monarca; todo á sus Reales manos; que en esta se engañó nuestro cronista Fr. Alonso Remon, diciendo que este navío fué apresado por el francés Juan Horin, no habiendo sido si no otro navío que despues llevaba Alonso de Avila con cantidad de oro y preseas para su Magestad, á quien lo enviaba Hernando Cortés, como refiere Bernal Diaz en el capítulo 159 que robó el francés; pero el otro primero llegó á España á su Magestad, y lo llevaron Alonso Hernandez Puerto Carrero y Francisco de Montejo, como refiere Bernal (cap. 54); y para su feliz suceso, el dia que se hizo á la vela el navío, les dijo misa Fr. Bartolomé de Olmedo, y le hizo un exhortacion muy cristiana, y plática muy comode su santo celo, dándoles su bendicion para el acierto de su viaje; conque se trató luego de proseguir el viaje para México por que no se perdiere tiempo á la consecucion de negocios tan importantes,